

los Emperadores; se ve en ello la fatalidad de un mismo error fundamental. A ejemplo de los tiranos de Bizancio, los reyes francos se consideraron como los jefes de la Iglesia nacional y la tuvieron bajo su yugo; al igual que aquéllos, creyeron tener el derecho de reunir sus concilios, y, como aquéllos, suprimieron la libertad de sus elecciones episcopales. El mejor de los reyes merovingios, Sigeberto III, es el que proclama más abiertamente, en un mensaje a San Desiderio de Cahors, el pretendido derecho del soberano a prohibir todo concilio celebrado sin su permiso ¹. ¡Y con qué denuestos reprendía uno de aquellos monarcas a unos obispos que habían protestado contra la irregularidad de un nombramiento episcopal hecho por su padre ²!

Pero todos aquellos atentados a los más sagrados derechos de la sociedad religiosa dieron frutos muy amargos: los concilios, privados de la independencia, que era la ley de su actividad, cesaron poco a poco de reunirse, y con ellos amenazó secarse la fuente tan abundante de la legislación religiosa, madre de todos los progresos sociales. No hubo vicio que no hiciese irrupción en las sedes episcopales con los bárbaros que las ocupaban en virtud de nombramientos reales; corrompida así la cabeza de la jerarquía, no lo fueron menos las filas del clero inferior, siendo por desgracia numerosísimos los sacerdotes groseros, ignorantes y supersticiosos. Había algunos que no sabían leer, y San Bonifacio encontró uno que bautizaba *in nomine Patria et Filia et Spiritus Sancti* ³. Dato lamentable: entre los clérigos es donde las reinas homicidas parecen escoger preferentemente los instrumentos de sus crímenes ⁴. Es bien evidente que en manos de semejantes ministros la religión, en vez de civilizar, no debía servir más que para agravar la barbarie.

¿Que hay, pues, de sorprendente en que en tales condiciones el movimiento de la propaganda se debilitase en la Iglesia franca y que, en vez de enviar apóstoles al exterior, necesitase ella misma ser visitada por misioneros extranjeros, ya que en las fronteras del reino parecía que el cristianismo se decidía a retroceder? ¿Hay que sorprenderse de que en ciertas ocasiones la Iglesia capitulase ante las preocupaciones de los bárbaros, resignándose a soportar, por ejemplo, sus duelos judiciales y a admitir entre sus ceremonias litúrgicas aquellas ordalías que no logra suprimir? Esto se debía a la reacción

¹ S. DESIDER. CADURC., *Epist.*, 46 (*Bouquet*, tomo I, pág. 47.)

² GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, IV, 26.

³ S. BONIFAT., *Epist.*, 58. (Jaffé.)

⁴ GREG. TUR., obra citada, V, 50; VIII, 29. Sacerdote que pega a su obispo: GREG. TUR., *Vita Patr.*, VI, 4. Sacerdotes homicidas: *Hist. eccl. Franc.*, V, 36 y VI, 36.

bárbara sobre la acción civilizadora; era inevitable, y lo que sorprende es que no haya tenido mucha mayor extensión y duración.

Entretanto, la Iglesia parece arrastrada por el Estado a la decadencia a que descendía él de modo visible. El esfuerzo impetuoso de la conquista franca se detiene en el siglo VII, y el pueblo de Clodoveo se acostumbra a conocer las humillaciones de los reveses; no hay uno de sus vecinos que no le haga sufrir algún desastre en batalla cerrada: Sigeberto es vencido por los hunos, Gontrán por los visigodos, Childeberto II por los lombardos ¹. Dagoberto I, el más ilustre de los merovingios, se dejó derrotar vergonzosamente por un miserable pueblo eslavo que guiaba un aventurero, el buhonero Samo, y el mismo rey no logró librarse más que mediante un cobarde asesinato de una horda de fugitivos búlgaros que habían buscado asilo en su reino. Acostumbradas a despreciar a tales señores, las naciones vasallas sacudían su yugo, y el pueblo franco, en medio de las convulsiones de la anarquía, veía cómo sus antiguos tributarios se repartían los restos de su poder. Podría haberse dicho que los últimos merovingios no tenían otra misión que la de presidir el desmembramiento de la más hermosa de las monarquías cristianas.

La autoridad no estaba a la altura de ninguno de sus deberes. El pueblo, encorvado por el trabajo, pagaba siempre y era saqueado por todo el mundo; eran tan pesadas las cargas que se le imponían, que más de una vez le faltó paciencia y se vengó con sangrientos excesos ². Así, la percepción de los impuestos constituía a menudo un peligro de muerte para los agentes del fisco, y hubo soberanos que dieron tal empleo a gentes de quienes deseaban desembarazarse ³. ¡Y menos mal si tantas prestaciones de todas clases hubiesen dado a los desgraciados súbditos el descanso que tanto necesitaban! Pero no: los impuestos parecen no ser sino contribución de guerra, por lo improductivos que son para quien los paga. No hay asegurado ningún servicio público; la seguridad es nula, y no parece que la creación de una policía, tal como lo decidió un edicto de Clotario I, haya servido de gran cosa, ya que después de ello las provincias continúan sujetas a las tropelías de los proscritos y de los rebeldes, quienes desafían impunemente la autoridad real y maltratan a las poblaciones. Aún más: ciudades enteras, divididas por rivalidades de vecindad, se enzarzan en batallas sangrientas sin que nadie se lo

¹ GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, IX, 25.

² *Ibidem*, III, 36; V, 28.

³ *Chron. Fredegar.*, 24, a. 604; *Vita Eligii*, II, 14; *Vita Sulpic.*, IV, 22.

impida ¹, y sucede que, cuando una guerra privada entre dos familias dura más de lo razonable, el soberano no imagina otro medio de ponerle fin que asesinando a ambas partes ².

Por otra parte, ¿cómo había de pensar en proteger a sus súbditos contra los forajidos, cuando muchas veces él es el peor de todos los depredadores? Vale la pena leer en Gregorio de Tours la narración del viaje de Rigonta, hija de Chilperico, a la que sus padres enviaban a España a casarse con un príncipe visigodo; se puso en camino acompañada de una escolta de cuatro mil hombres; sus equipajes llenaban cincuenta carros, y Fredegunda se creyó en el deber de tranquilizar a los francos, inquietos por aquella mudanza colosal, garantizándoles que en el ajuar de su hija sólo había puesto cosas suyas. El camino de París a los Pirineos era largo, y el rey había prohibido que los gastos del viaje saliesen de las reservas del fisco, por lo que una vez más los súbditos soportaron el mantenimiento de tal expedición. Así, aquel viaje nupcial fué algo muy semejante a una nueva invasión de bárbaros, ya que las bandas de facinerosos que componían el séquito de la princesa no se contentaban con saquear los bienes de los particulares, sino que malgastaban y destruían por gusto, arrancando la cepa con el racimo, llevándose consigo los rebaños y todo lo que encontraban al paso, y devastando los campos como una nube de langostas ³.

Hechos semejantes se repetían todos los días. El paso de los ejércitos a través de aquel país que habían de defender era considerado como una calamidad pública ⁴, y las visitas de los reyes hacían correr las lágrimas de los súbditos a quienes decían honrar ⁵.

Además, ¿dónde están las huellas de la actividad legislativa de todos aquellos reyes? Aparte de algunas modificaciones logradas en las costumbres populares, no han dejado en total más que siete u ocho edictos, el más célebre de los cuales les fué dictado por los grandes en las circunstancias que ya conocemos. Si hubiera que juzgarles por sus trabajos públicos, merecerían todos el nombre de *holgazanes*. Tampoco se les puede honrar por las fundaciones religiosas y caritativas, que, en cambio, surgen en todas partes bajo los auspicios de la Iglesia, ya que lo más que hicieron fué no rehusar su protección a aquellas obras del espíritu cristiano. Por lo demás, no realizaron empresa alguna de utilidad general, pues las únicas cons-

¹ GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, VII, 2.

² *Ibidem*, X, 27.

³ *Ibidem*, VI, 45.

⁴ *Ibidem*, VIII, 30; *Vita S. Medardi*, 21; MARCULF., *Formul.*, I, 33.

⁵ GREG. TUR., obra cit., X, 3.

trucciones en que se interesan son los circos ¹. Ni siquiera supieron respetar los numerosos monumentos con que el Imperio había enriquecido a las provincias, ya que en todas partes dejaron que se arruinaran los edificios de la Antigüedad; las calzadas romanas, aquellas soberbias vías de comunicación que por lo menos debían haber conservado, fueron descuidadas y se hicieron intransitables. En cuanto a abrir nuevos caminos para las nuevas localidades que surgían fuera del trazado de las antiguas vías, era cosa en la que nadie pensaba. Todo el tránsito se hacía por agua, ya que estos caminos semovientes eran los únicos que se acomodaban a la pereza de los bárbaros. Nadie cuidaba los puentes, y en pleno París los transeúntes se rompían las piernas en los agujeros del puente del Sena ².

Tampoco había beneficencia pública, excepto la organizada por la Iglesia; cuando sobrevenía una carestía, los pobres a quienes no llegaban las limosnas del clero no tenían otro recurso que hacerse siervos ³. El comercio, sin protección ni garantía alguna, apenas podía sobrevivir, y en la mayor parte de la Galia se encontraba en manos de judíos y de sirios, quienes se comunicaban con Oriente por el puerto de Marsella, o de bretones que eran medio mercaderes y medio piratas ⁴. Eran rarísimas las ciudades que, como Verdún, encontraban una fuente de riqueza en los negocios ⁵, pues los soberanos, que por regla general mostraban indiferencia absoluta hacia la prosperidad pública, sólo se ocupaban de ella para aplicar gabelas a cada una de sus fuentes, por lo que las trabas puestas al tráfico eran innumerables y nulas las medidas adoptadas en su favor.

El patrimonio intelectual de la Antigüedad clásica se iba perdiendo rápidamente: las escuelas municipales se cerraban por falta de recursos o de discípulos. Ya no había interés por los estudios; ya no decía nada al espíritu el lenguaje mitológico de los últimos poetas latinos, ni la elocuencia civil ejercía tampoco encanto sobre nadie. La musa antigua exhala aún algunos gemidos armoniosos en los versos de San Fortunato, pero hasta él, el poeta ausoniano, es extranjero en el suelo de la Galia y no dejará en ella herederos de su talento. La lengua literaria expira con la civilización cuyo órgano ha sido; no hace ya más que tartamudear en los escritos de San Gregorio de Tours, en los que se ve una inteligencia privilegiada consumiéndose en penosos esfuerzos para vencer la resistencia de un idioma paralizado. En espera de que la Iglesia reconstruyese todas

¹ GREG. TUR., obra citada, V, 17.

² *Ibidem*, VI, 32.

³ *Ibidem*, VII, 45.

⁴ *Vita S. Filiberti*, c. 32.

⁵ GREG. TUR., obra citada, III, 34.

las cosas, las ruinas se acumulan sobre las ruinas; la escena del espíritu está vacía, y la decrepitud es el carácter de las escasas obras que vió nacer esta época. *Mundus senescit* ¹, murmura el último cronista del siglo VII, quien constituye a su vez una prueba sorprendente de la decrepitud intelectual de sus contemporáneos, ya que habla de Virgilio como de un historiador de los francos. La barbarie de las actas públicas acongoja el corazón; no hay nada en ellas, ni sintaxis, ni léxico, ni ortografía, y la decadencia se manifiesta hasta en los garabatos de la escritura indescifrable de los copistas de entonces. Diríase que el caos va a reaparecer en los espíritus al mismo tiempo que en la sociedad.

En presencia de tantas miserias, ¿hay que admirarse de que a veces hasta los ánimos más intrépidos hayan decaído y de que las inteligencias más firmes hayan empezado a dudar del porvenir? En medio de la oscuridad crepuscular que reinaba por doquier, en aquellas tinieblas de donde se oía salir gemidos, frente a aquellos tronos que se hundían en todas partes y a aquellos pueblos abandonados que andaban errantes entre ruinas, ¿cómo era posible desechar la idea de que el género humano había acabado su carrera y de que el mundo tocaba a su fin? ² Esta punzante preocupación aparece muchas veces bajo la pluma de aquel gran hombre que vemos de pie en el umbral de la nueva sociedad y que abre sus puertas de par en par a los pueblos bárbaros. Es que, semejante al Jano clásico, tenía la cara vuelta a la vez al pasado y al porvenir, y si en las convulsiones de que era testigo sentía los estremecimientos misteriosos de una vida naciente, veía también el espectáculo de todo un mundo que se desmoronaba, y el alma de aquel romano temblaba ante el pensamiento del abismo que se iba a abrir.

¹ *Chron. Fredegar.*, pról.: cfr. *Vita S. Leodegar.* (autor anón.), c. 4.

² GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, prin-

cipio; *Chron. Fredegar.*, al fin; MARCULF, *Formul.*, II, 3 y TURON., I (Zeu-mer).

CAPÍTULO X

ACCIÓN DE LA IGLESIA

EN MEDIO del desorden espantoso cuyo cuadro acabamos de bosquejar, ¿qué era de la Iglesia católica, depositaria del principio civilizador? A primera vista podría parecer que estaba destinada a perecer en el cataclismo; desarmada, en medio de una sociedad que no respetaba más que la fuerza, intentando imponer a hombres violentos y groseros una ley que sublevaba su orgullo y su sensualidad, y ofreciendo en sus concupiscencias las inmensas riquezas que componían ya su patrimonio, ¿podía esperar sobrevivir a los múltiples asaltos que iban a darle todas las pasiones a la vez? Aun suponiendo que inspirase a los bárbaros bastante respeto para no ser atacada, ¿tenía, fuera de su fe en su misión divina, algún motivo razonable para creer que llegaría a dominarlos hasta el punto de obligarles a renunciar a sí mismos? ¿No era muy de temer que en aquella lucha contra la naturaleza humana acabase por contraer ella misma las enfermedades que intentaba curar, terminando por caer a su vez en la barbarie?

Si de estas alternativas la última era inadmisibles para la fe de un cristiano, también la otra debía parecer una quimera irrealizable. Los gritos de dolor proferidos por los contemporáneos y las sombrías previsiones que llenan sus pensamientos atestiguan cuán poco creían en ella; pero, también esta vez, los acontecimientos debían dar la razón a quienes esperaban contra toda esperanza, pues la faz del mundo iba a cambiar por una serie de nuevos prodigios. Es tarea de la historia de la civilización el intentar dar cuenta de ellos y explicarlos, aun cuando deba renunciar a trazar el cuadro de los mismos en su vastísima y majestuosa grandeza.

Hay que ver en primer lugar cómo se libró la Iglesia de verse invadida y sumergida por la barbarie. En la admirable economía de su constitución encontraba recursos suficientes que le permitían resistir con éxito; su jerarquía era impenetrable gracias a dos circunstancias cuyo carácter providencial había de acentuarse cada vez más en el transcurso de los siglos. La primera era el celibato, im-